

distintos rumbos, y que, siguiéndolos, llegan á convertir la unidad de su origen en un dualismo divergente, compuesto de dos principios encontrados. Así, mientras que Descartes dice: "Pienso, luego existo," Fichte dice: "Quiero, luego soy." Es decir, que el primero localiza el idealismo humano en la inteligencia, y el segundo en la voluntad.

Sólo la escuela que profesa el dogma del materialismo es una, indivisible é inmutable, como es inmutable, indivisible y una la verdad, y como es uno, inmutable é indivisible el absurdo. Así, señores, el océano de las opiniones humanas rueda sus ondas volubles entre dos polos eternos, entre dos abismos inmóviles: entre Dios y los materialistas: entre el símbolo de todas las verdades y la personificación de todos los errores. Si he honrado al materialismo dándole el nombre de escuela filosófica, mi ánimo no ha sido honrarle con esta denominación, ni profanar con ella el nombre de la Filosofía; ha sido sólo rendir un homenaje á la costumbre.

Formuladas ya todas las grandes escuelas filosóficas, sólo me resta examinarlas en el espacio y en el tiempo; pero siéndome imposible proceder á este examen histórico, las consideraré en el estado en que se ofrecen á nuestros ojos en el siglo XIX, puesto que, por fortuna, en todos los siglos coexisten, y elegiré como teatro de mis observaciones la Francia, puesto que, como veremos más adelante, se han localizado todas en esa nación vecina. Pero antes me permitiréis que diga dos palabras sobre la Francia del siglo XVIII.

Si el siglo XVII había sido para la Francia el siglo de los poetas, el siglo de las victorias y el siglo de las liviandades, el siglo XVIII fué para ella el siglo de los filósofos y el siglo de las revoluciones; si aquél fué el siglo de Racine, éste fué el siglo de Rousseau; si aquél fué el siglo de Luis XIV, éste fué el siglo del pueblo; éste, en fin, fué, el siglo de los demagogos y aquél fué el siglo de los privados. Si en el siglo XVII la Francia se puso en contacto con el mundo por medio de sus victorias, en el siglo XVIII el mundo se puso en contacto con

la Francia, inoculándola el germen de una literatura y de una filosofía que no había nacido en su suelo. Y así debía ser, señores; todos los pueblos debían enriquecer con su inteligencia la inteligencia de la Francia si la Francia había de realizar una revolución en nombre de todos los pueblos. La Francia del siglo XVII se explica por sí misma; la Francia del siglo XVIII no puede explicarse sino por la Inglaterra.

Con efecto, señores: destruid con la imaginación la Constitución inglesa; Mostesquieu es todavía un hombre grande, pero es un hombre incompleto; suprimid el nombre de Locke en los anales de la Filosofía: Condillac no existe, el *Contrato social* no existe, el *Emilio* no existe, y Rousseau queda despojado de los más bellos florones de su espléndida corona. Suprimid á Bolingbroke: Voltaire, que ni podía ser cristiano ni podía ser ateo, no hubiera sido tampoco deísta. Formulemos ya el carácter del siglo XVIII tal como resultó del contacto de la Francia con la Inglaterra.

Tres dogmas le constituyen: un dogma filosófico, un dogma religioso y un dogma político: el dogma del materialismo, el dogma del deísmo y el dogma de la soberanía del pueblo. Cuatro heraldos lo anuncian: Voltaire, Condillac, Diderot y Rousseau: el filósofo, el catedrático, el hierofanta y el profeta. Cuando el materialismo se inoculó en la Filosofía y el deísmo se inoculó en el pueblo, la religión y la inteligencia velaron sus frentes, y dejaron pasar á la revolución, ese sangriento comentario de esas anárquicas doctrinas.

Con este motivo me permitiréis que haga aquí una observación importante. Cuando el virus materialista, salvando el Adriático, se inoculó en las venas de Roma, esa amazona de las naciones se sintió desfallecer en medio de sus triunfos, se vió acometida de un vértigo en medio de su carrera, y decrepita ya, aunque joven, tuvo que confiar su destino á la merced de los Césares, que, como á una pupila demente, la ciñeron una argolla. Cuando ese mismo virus discurrió por las venas de la Francia, el edificio social se estremeció en sus cimientos, y

una tribu de bárbaros convirtió el festín de la civilización en una orgía nefanda. Así, la presencia del materialismo es siempre un síntoma de muerte. Mensajero de una divinidad terrible, él no salva los mares y no aparece en las naciones sino para reclamar sus víctimas.

Sin embargo, señores, no todos los que están reputados por materialistas lo son en realidad: Locke, que pasa generalmente como jefe de la escuela, no lo fué nunca, puesto que, distinguiendo la reflexión de las sensaciones y haciéndola entrar como elemento necesario en la formación de las ideas, reconoció el principio de la actividad del alma; sin embargo, fuerza es confesar que, dando una importancia desmedida á las sensaciones, no apreció debidamente el valor intrínseco del principio espiritualista, y que por su falta de estudios psicológicos puede ser acusado, con razón, de tendencia al materialismo. Esta tendencia es más visible aún en Condillac, que, desconociendo completamente las leyes del entendimiento, si no se atrevió á convertir las ideas en sensaciones puras, dijo por lo menos que una idea era siempre una sensación transformada. El materialismo en toda su fealdad y en toda su desnudez sólo apareció en los escritos de Holbach y de Helvecio, hombres comunes, y escritores vulgares y olvidados, que en un momento de vértigo se presumieron iniciados en los misterios de las ciencias porque algunos de los más célebres filósofos de aquel siglo se habían dignado honrar con su presencia sus banquetes, y porque, para solazarse sin duda, habían conversado con ellos alguna vez sobre el estudio de las letras y de la Filosofía.

La revolución vino á sorprender á la Francia en medio de las orgías de un estúpido materialismo: mientras que los sangrientos demagogos acometieron la obra de convertir las plazas públicas en cementerios y las ciudades en osarios, los materialistas prácticos con sus acciones, hicieron inútil la predicación y la enseñanza de los materialistas teóricos, que se conderaron al silencio en medio de los clamores, de las víctimas y de la algazara báquica de los verdugos. Pero apenas cesaron

esta horrible algazara y aquellos lúgubres clamores, y cuando la Convención no se había desprendido aún de su sangrienta dictadura, los filósofos materialistas volvieron á ocupar la cátedra para apoderarse otra vez del cetro de esa misma sociedad que ellos habían desgarrado. Garat, Tracy, Cabanis, Degerando, Maine de Biran, Laromiguière, Gall y Volney fueron los que mantuvieron el pabellón de la escuela; pero esa escuela, que aparecía entre el sepulcro de la República y la cuna del Imperio, era un monstruoso anacronismo; su misión había sido destruir; su misión, pues, estaba ya cumplida.

Por eso, aunque al principio no encontró adversarios que combatieran su dogma, el germen de disolución y de muerte se desarrolló en su seno. Degerando, Maine de Biran y Laromiguière desertaron de las filas del materialismo, y aun el nombre de Cabanis no puede leerse siempre en su bandera.

Llegada á su período de disolución, puede decirse que dejó de existir cuando aparecieron en la Francia otras escuelas filosóficas que, invadiendo su propio terreno, se engrosaron con sus desertores; siendo en el día tan lamentable su estado y tan perdida su causa, que entre los escritores de alguna nombradía, sólo Broussais lo defiende como su único representante. Puesto que la losa del sepulcro la cubre dejémosla en él, señores, y hablemos de las escuelas que se han vestido sus despojos.

La primera por el tiempo en que apareció, y á mis ojos también por su importancia, es la escuela conocida con el nombre de ecléctica por los filósofos, y con el nombre de doctrinaria por los políticos. Averigüemos su origen y examinemos su doctrina.

Cuando la revolución, que en la Asamblea constituyente levanta su bandera y escribe su dogma, que en la legislativa se ajusta las armas para combatir, que en la Convención combate y vence, fué á perderse en el Imperio y á refugiarse en la espada de un soldado, abandonó su obra de destrucción y comenzó la de reorganización de la Francia estremecida. Esta

reorganización no podía realizarse ni en nombre del derecho divino, que había perecido ya, ni en nombre de la soberanía del pueblo, que había convertido á la Francia en un lago de sangre; no podía realizarse tampoco en nombre del materialismo, que seca los corazones y conmueve las sociedades, ni en nombre de un espiritualismo inflexible que provoca siempre catástrofes sangrientas y espantosas convulsiones. La Francia, pues, necesitaba de un nuevo dogma político que dominase la sociedad, y de un nuevo dogma filosófico que dominase la inteligencia. Pero para encontrar el nuevo dogma necesitaba primero sacudir el yugo de las antiguas doctrinas, y para sacudirle sólo necesitaba que la iluminase la luz del buen sentido, que los principios reaccionarios habían arrancado de su seno.

La escuela escocesa, poco fecunda porque es poco atrevida, pero cuya prudente timidez la ha librado de los escollos de un dogmatismo fanático, inoculó el germen del buen sentido en Royer-Collard, que comenzó á enseñar en 1811 y se le transmitió á la Francia. Preparada entonces ya para buscar el nuevo dogma que había de constituirla, quiso estudiar y conocer los sistemas filosóficos de allende el Rhin, y dirigió sus miradas hacia esa tierra que, aunque antigua como los siglos, es siempre una tierra de creación, porque no ha dejado de ser fecunda todavía.

En un breve espacio de tiempo la Alemania había producido á Leibniz, á Lessing, á Kant, á Fichte, á Schelling y á Hegel, y la historia de la Filosofía no encierra nombres más bellos en sus páginas ¹. Pero entre todos, el que más se distingue como metafísico es Kant, con quien no puede compararse ningún filósofo moderno.

Kant, señores, ha hecho una revolución en los sistemas filosóficos que se han disputado el dominio del mundo; y no ha hecho una revolución porque haya inventado nada, sino porque ha elevado á la región de las verdades principios que pertene-

¹ Por dicha nuestra, aun en vida de Donoso Cortés todos esos nombres han pasado á la historia de las aberraciones humanas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

cían á la región de los *problemas*. Kant ha demostrado: 1.º Que el idealismo racional ó el examen psicológico del entendimiento humano es la base de toda filosofía. Y 2.º Que podían trazarse los límites de ese idealismo racional analizando las leyes de la inteligencia. Con efecto, señores, Kant ha procedido á ese análisis, y la razón del hombre no tiene un solo secreto íntimo y profundo que no le haya sido revelado.

Madama Staël, Cousin y Benjamin Constant fueron los que principalmente hicieron conocer á la Francia los sistemas filosóficos de la Alemania. El segundo, discípulo de Royer Collard, adoptó como base de la Metafísica el idealismo racional del filósofo de Koenisberg; pero adoptando esta base como dogma, declaró que la misión del siglo XIX era proceder, por medio del examen de todos los sistemas filosóficos, á la reunión en un cuerpo de doctrina de todas las verdades exageradas ó incompletas que encerraban en su seno; ved ahí, señores, lo que constituye el eclecticismo: eclecticismo que, en Política como en Filosofía, provoca desde luego una suspensión de armas entre todos los combatientes; que condena como desastrosos todos los principios reaccionarios, y que tiende á convertir su antagonismo en una unidad fecunda y su divergencia en una constante armonía.

La Carta francesa es el símbolo de esta doctrina proclamada por eminentes filósofos y por eminentes oradores; ved aquí sus opiniones sobre la localización de la soberanía en las sociedades humanas.

Royer-Collard ha dicho en su discurso sobre la *Pairie*:

“Ahora como entonces, podemos apelar de la soberanía del pueblo á otra soberanía, única que merece este nombre, que es superior al *pueblo* y superior al *Rey*, y que es inmutable é inmortal como su autor; hablo de la soberanía de la razón ¹, único legislador verdadero de la humanidad.”

Tal es el texto, arrojado como un oráculo de Delfos á la mer-

¹ El mismo principio de Donoso que, según aquí se ve, lo tomó de su propia fuente, el eclecticismo doctrinario francés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ced de los comentadores por el gran sacerdote de la doctrina. Guizot fué el que lo comentó primero en un discurso pronunciado en la Cámara en 1830, con motivo del artículo que debía reemplazar al segundo de la ley de 25 de Marzo de 1822. En él desenvuelve su teoría sobre la legitimidad de los Gobiernos, aplicándola al Gobierno de la restauración y al Gobierno de Julio. Veamos cómo se expresa:

“La restauración debió el principio de fuerza que la sostuvo á haberse presentado ante la Europa como una garantía de paz y de reposo necesario á la Francia después de tantos triunfos y fatigas. Estableciendo, por otra parte, un Gobierno que no era el resultado de su propia fuerza; ni de la voluntad de algunos; un Gobierno, en fin, que se fundaba en el derecho anterior y consagrado ya por los siglos, puede decirse hasta cierto punto que con la restauración comenzó la Francia á respetar los derechos y á reconocer el imperio de esta idea saludable que sirve de fundamento á las sociedades humanas, á saber: que existen derechos adquiridos, derechos antiguos que no deben sujetarse continuamente al dominio de las discusiones, sino que antes bien subsisten por sí mismos y son la base del edificio social. Este principio que la restauración abrigaba en su seno es, sin duda, el más valeroso de todos sus títulos, y el que la constituyó fuerte, no sólo á los ojos de la Francia, sino también á los ojos de la Europa.

„Pero, sobre todo, lo que constituyó principalmente su fuerza, fué la adopción de la Carta, es decir: de los principios más esenciales y de los más bellos resultados de nuestra revolución.

„La tendencia á la paz, el respeto á todos los derechos adquiridos, la adopción por medio de la Carta de todos los grandes principios, de todos los grandes resultados de nuestra revolución, fué, en una palabra, lo que constituyó el genio tutelar de la restauración, y lo que fué causa de su benéfica influencia; así como sus pretensiones al poder absoluto, y su tendencia á restablecer todo el antiguo orden de cosas sin averiguar

antes si su restablecimiento era ya conveniente para las nuevas generaciones, fué lo que constituyó la influencia subversiva y el genio maléfico de la restauración.”

Ved, señores, cómo Guizot da bien claramente á entender que la restauración fué tutelar y legítima mientras que tuvo la inteligencia de las necesidades sociales de la Francia, y que perdió su legitimidad cuando su genio maléfico pudo viciar su teoría y la despojó de su inteligencia. La falta de inteligencia de la restauración es lo que, en su concepto, hizo legítima la revolución de Julio, hecha por la inteligencia del pueblo contra el genio maléfico de la restauración, que la llevaba al abismo.

“Si esto es así—continúa Guizot,—me creo autorizado para afirmar que nuestra revolución no puede ser acusada de usurpación ni de violencia, y que no se la debe considerar como un hecho consumado por el pueblo en un acceso de cólera. Si después de haber demostrado su legitimidad moral y su necesidad política os hablara de su *conducta después de la victoria*; si me detuviera á demostrar hasta qué punto ha sido *prudente y entendida*, no sólo en la elección de su soberano, sino también en las modificaciones hechas á la Carta, y en su modo de proceder hasta con sus enemigos; si insistiera, repito, en todos estos puntos, fácil me sería demostraros que por *sus obras*, así como por su *origen*, ha sido nuestra revolución plenamente legítima, y más legítima quizá que ningún otro acontecimiento de la misma naturaleza hasta ahora.”

Así, señores, para Guizot, como para Royer-Collard, una revolución es legítima en su origen cuando se realiza en nombre de la inteligencia, y continúa siendo legítima mientras que la inteligencia no la abandona.

Oigamos al Duque de Broglie, que es más explícito aún. Con motivo de una proposición de Boissy-d'Anglas sobre los grados conferidos en los cien días, pronunció un largo discurso en la Cámara de los Pares, del cual extracto los párrafos siguientes:

“Los Gobiernos buenos, prudentes, justos, ilustrados y ra-